

# Mi cabeza, un planeta

Manuel Sepúlveda



Image not found.

# Capítulo 1

El viento sopla, las hojas caen y las aves vuelan hacia sus nidos. El atardecer se posa sobre toda la creación a medida que la Tierra se prepara para ir a dormir. Las estrellas aparecen para desearle dulces sueños y la luna toma su puesto en el cielo para reguardar a todas y cada una de las criaturas que comparten el hermoso planeta. Todo es paz, todo es tranquilidad, todo es armonía. El reloj de la naturaleza es implacable y jamás detiene su marcha; jamás da vuelta atrás. Si alguna vez diera vuelta atrás, entonces todo perdería su encanto, pues todas las cosas se vuelven más bellas y sofisticadas a medida que envejecen. Si alguna vez se detuviera, la creación se derrumbaría por una locura inmensa; crecería en las entrañas de cada partícula de la creación un temblor extremo que culminaría en una explosión fantástica y terrible de miles de colores, dejando salir un chillido irritante y horrible a medida que se pierde en la vastedad del vacío. El tiempo y la naturaleza no se detienen, ni siquiera por el pensamiento más frívolo que pudiera tener cualquier ser vivo en el universo.

Dentro de esta maravilla a la que llamamos realidad, estamos confinados a un pequeñísimo espacio en el cosmos; uno que es imperceptible, minúsculo, vulnerable y vano. Rara vez viene el suave susurro a la mente del hombre que le dice:

*"No eres más que el polvo que se posa sobre el polvo. La vida es un suspiro que vuela los pétalos de un girasol que se marchita en el invierno."*

Con la voz más dulce y sabia que se pueda escuchar, esta voz habla con firmeza, pero con compasión.

En este punto microscópico, es en dónde un hombre tiene la idea de detener el tiempo, y en contra de todo pronóstico, lo logra. La marcha implacable del orden natural se detiene con un estrepitoso ruido; se tira y se revuelca a lo largo y ancho de la nada, gritando y llorando como un niño pequeño. ¿Quién es este ser miserable que ha podido detener su marcha? ¿Quién ha sido lo suficientemente insolente y grosero para tener la osadía de meterse en su camino? La creación tiembla de asombro, se retuerce y clama respuestas. No lo cree, se niega a hacerlo. Es imposible. Imposible. Improbable. Estúpido.

El hombre comienza a escribir. Ha detenido el tiempo. Ha capturado lo que pasaba en su mente y lo ha inmortalizado por los siglos por venir hasta la eternidad. Ha creado las más osadas aventuras, los personajes más excéntricos e inverosímiles que puedan imaginarse. Ha creado los mundos más simplones y más complejos en un abrir y cerrar de ojos. Este hombre ha desafiado a la naturaleza, y esta, sin poder hacer nada, se

doblega ante tal voluntad, pues sabe que el hombre no tiene límites, no ve un final, no ve un abismo al borde del horizonte. Tan solo ve un atardecer, las olas que rompen sobre la arena y la luna posándose sobre el cielo. Su vista ve figuras y patrones. Su mente lo ve todo. Por un momento infinitamente minúsculo es uno con el universo. Es inmortal.

## Capítulo 2

Muy lejos, en donde las estrellas presumen su brillo, hubo un deseo. Uno que, poco a poco, se fue haciendo más grande. Y creció y creció y creció hasta que se convirtió en un sol enorme y radiante, que escupía rayos de todos los colores y brindaba un calor que no quemaba ni abrumaba. Este sol se convirtió en un consuelo cálido y amable para todos aquellos que vivían bajo su luz. ¡Qué gran regalo era tener este sol! ¡Qué dicha poder tener un deseo en las épocas en las que el hombre prefiere lo inmundo! ¡Qué alegría poder soñar en la era de la separación y el caos! En verdad que este sol es el deseo que alimenta la vida de muchos.

Esta luz atrajo a los más extravagantes y divertidos sueños. Uno tras otro, entraban al núcleo y se fusionaban con el candente centro de aquella estrella. Algunas cosas se iban y entristecían al sol. Algunas personas lo abandonaban y lo dejaban con el corazón roto y herido. Algunas personas jamás volvían y lo borraban de sus mentes, pero el sol, el deseo, sabía que tenía que seguir brillando, incluso para aquellos que se habían marchado, puesto que no podía permitir que la noche lo opacara y la luna azul triste y melancólica le quitarab su justo lugar en el cosmos de los sueños y añoranzas.

Qué tiempos, qué tiempos, en los que un deseo se vuelve tan frágil como la llama de una vela a merced del viento. Qué tiempos, que tiempos, cuando el deseo se trastorna y se impone una finalidad material y carnal. Qué tiempos, qué tiempos, cuando nuestro sol comienza a quemar y derrite a todos lentamente y con agonía. Qué tiempos para poder llegar más allá de lo que la imaginación lo permite y descubrir el poder de creación que yace en el corazón de cada uno de nosotros. Tiempos de cambio, jamás se irán. Tiempos de conflicto, jamás se irán. Tiempos de soñar, permanecerán incluso hasta que el tiempo mismo se consuma a sí mismo.

Tu luz, tu sol, tu deseo, siempre estara contigo. No apagues la vela, ¡oh! tiempo cruel y despiadado. No te atrevas a cubrir su luz para jugar con las sombras, ¡oh! hombre inmundo y celoso. Pero sobre todo, no te atrevas tú a perder tu más grande ilusión, puesto que es un regalo más grande que la vida.

## Capítulo 3

Cuando la sombra del tiempo se posa sobre la larga vereda de la vida, es imposible ignorarla. Esta sombra es ancha, oscura y a veces, intimidante. Si hay algo a lo que le teme el hombre, es a quedar bajo la sombra del tiempo. Su miedo es irracional, puesto que siempre estará bajo la penumbra hasta que encuentre la luz resplandeciente de la muerte.

¡Oh muerte! ¿Porqué te temen tanto? Tu que traes descanso a los enfermos, a los afligidos, a los que sufren. Es verdad que eres cruel, pues no haces diferencias entre razas ni edades. Te llevas a inocentes y culpables por igual. Te llevas a los niños justo antes de que nazcan y no te arrepientes. Solo tu entiendes tus propias acciones. Nosotros deambulamos este mundo tratando de evitarte a cada paso, pero no nos damos cuenta de que tu juicio es tajante, objetivo y eterno.

¡Oh tiempo! Tu eres impredecible y no pones freno a tu marcha. Así como tu compañera muerte, te guías por un juicio que es brutalmente honesto e inamovible. Muchos han tratado de comprarte, de sobornarte, de aplazarte o de borrararte, pero ninguno ha tenido éxito, puesto que los simples mortales no son más que simples partículas de tierra en tu largo e inmaculado manto. Pobre de aquel que intente desafiarte o borrararte, porque no encontrará más que dolor.

Todo irá y todo vendrá. Ir y venir. Ir y venir. Las olas seguirán rompiendo una y otra vez; unas serán más grandes y estruendosas que otras. Y ahí, cuando rompan y mojen la blanca arena de la realidad, estaremos parados, sentados e incluso acostados, esperando en vano, a que el amplio océano de la infinidad se seque.

## Capítulo 4

La vida se asemeja a la hoja de un árbol, la cual crece con singular alegría y se torna de un verde esmeralda a medida que surge de la rígida rama. La hoja sentirá brisas suaves, cálidas y frías; todas reconfortantes. Pero habrá días en que vientos terribles soplen y lluvias torrenciales caigan con furia, amenazando su delicado balance. Habrá otros días en que la helada y sombría presencia del invierno la tornará de un color marrón triste y melancólico. No hay nada que esta pequeña hoja pueda hacer contra inamovible voluntad de la naturaleza. Tan solo debe resistir, perseverar, orar para aferrarse con más fuerza a su rama. En verdad que su existencia será una de largas penas y felicidades efímeras.

Vida mía, eres tan frágil. Vida mía, eres tan terrible y tajante. Vida mía, eres tan sorprendente e increíble. Vida mía, no te escapes de mis manos. Vida mía, no dejes de amar ni de soñar. A pesar de que estés a la merced del cosmos como la hoja de un árbol al viento, no dejes de aferrarte a la existencia. Eres tan preciada que por eso visitas esta Tierra salvaje una sola vez para después marcharte hacia el infinito.

Quieres sentir y gozar, reír y llorar, amar y vivir la libertad. Todo a la vez. A menudo puedes ser impulsiva, pero es esta impulsividad la que te lleva más allá de lo que te imaginas. Muchas veces conoces mejor a tus limitaciones que a las cosas que te hacen maravillosa y sin igual. Es esta lucha, para encontrarte a ti misma, lo que hace que valga la pena tu pasaje por este diminuto paraíso que llamamos Tierra.

No te vayas vida mía, pues te amo aunque creas que no lo hago. Jamás me dejes, ni dejes a otros en la primavera de su existencia. Deja a un lado tu terrible juicio y encaríñate con las cosas que el universo tiene para ti, pues no sabes cuando puedas lamentar el hecho de no haberlas conocido. Acompáñame vida mía a dónde nadie se ha atrevido a ir. Ven y déjame enseñarte que el mundo es un lugar bondadoso y un regalo para todos aquellos que vienen aquí. Camina a mi lado y déjate sorprender, para que, cuando tengas que marcharte, te vayas como la marea suave que apenas y acaricia la delicada arena.

## Capítulo 5

Amargas lágrimas se arrastran sobre mi rostro. Amargas lágrimas brotan de mis irritados ojos como si hubieran estado confinadas desde el momento en que nací. Lágrimas que saben a los sentimientos más tristes que un ser humano pueda imaginar. Lágrimas que reflejan el ardor de un corazón que ha sido partido en miles de pedazos y no encuentra manera de reconstruirse. ¡Qué pena invade este corazón! ¡Qué lágrimas tan pesadas se desprenden de mi ser!

El alma anhela lo que el corazón muchas veces no puede conseguir. Cuando las lágrimas queman, es el alma la que llora de manera desesperada y dolorosa. No hay dolor más grande que el dolor que siente un alma que no puede obtener lo que más desea. No hay dolor más grande que el de un alma suplicando por respuestas. El dolor es intenso; el dolor aniquila el ser.

Algún día las lágrimas dejarán de rodar. Aquel día será glorioso, pues las lágrimas se habrán agotado y en su lugar, brotarán lágrimas de mil colores. Ya no serán de amargura y tristeza, sino de alegría y éxtasis sin igual. El alma habrá sanado y el corazón estará lleno y rebosante de amor.

Amargas lágrimas salen. Amargas lágrimas no dejarán de salir. Amargas lágrimas limpiarán mi ser hasta que mi adolorido espíritu encuentre su maravilloso camino.

## Capítulo 6

Alegría que inunda mi corazón, ¡cuánto has sufrido para escalar la gran montaña que es mi ser! El camino ha sido en extremo hostil para tu lento y frágil paso. Muchas veces has resbalado y tropezado, cubriendo tu delicada piel de quemaduras y raspones que no se irán fácilmente. Perdóname, pues yo mismo he tirado peñascos en tu dirección. Perdóname, pues muchas veces yo he soltado tu mano y cortado la cuerda con la que escalas.

Alegría, alegría, ¿qué serías si mis lágrimas no hubiera derramado? La tristeza te ha vuelto más fuerte y más entera. La sombra y el frío que trae la nostalgia, la angustia y el frío ha provocado que cada fibra de tu ser se haga impenetrable como el titanio. Las lágrimas han deshecho muchas veces tu blanca túnica, pero siempre logras repararla y recorrer los largos valles que forman las partes más desoladas de mi alma.

Alegría, alegría, vienes y vas como el viento, siempre tratando de conquistar la cima. Nunca te das por vencida, pues estás convencida de que algún día llegarás a la punta. Allá, en la punta, podrás admirar el mundo y finalmente descansarás para admirar el camino que tanto te costó recorrer.

Quisiera abrazarte, fusionarme contigo, vivir contigo a mi lado, más me es imposible ahora mismo. Quisiera ayudarte a escalar, pero la cuerda se me termina. Quisiera darte mi mano, pero está limpiando las incontables lágrimas que lloran mis enrojecidos ojos. Grita, alegría. Grita muy fuerte para que pueda escucharte. Grita para que despierte y pueda ayudarte. Te espero, te escucho, te añoro.